

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

EL CARDENAL

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Ramon A. Urbano.



GENARO (Sr. Navas)
MARGARITA (Srta. Alcoba)

MADRID.
CALLE MAYOR, 16, ENTRESUELO
1898.

EL CARDENAL

EL CARDENAL

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAMON A. URBANO

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL DE MÁLAGA,
el 28 de Marzo de 1898.



MÁLAGA
IMPRESA DE A. URBANO
1898.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de los HIJOS DE E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL GENIAL Y POPULARÍSIMO

PRIMER ACTOR CÓMICO

D. JUAN ESPANTALEÓN

tiene el gusto de dedicar este juguete,

su admirador y amigo agradecido

El autor.

REPARTO

Personajes

Actores

PASCUALA.	SRA. D. ^a ELOISA BAGÁ
MARGARITA	STA. D. ^a JOSEFA ALCOBA
D. SEGUNDO.	SR. D. JUAN ESPANTALEÓN
GENARO.	» » ENRIQUE NAVAS
D. ANATOLIO.	» » WALDO FERNANDEZ
TIO CORCHO.	» » FRANCISCO GÓMEZ
ROQUE.	» » GERARDO NIEVA

Murguistas.—Hombres del pueblo.

Las indicaciones, del lado del actor.

ÉPOCA ACTUAL.

ACTO ÚNICO

La escena aparece dividida. La tercera parte del escenario, ó algo menos, á la izquierda (del actor) la ocupará el interior de una habitación de sencillo aspecto, teniendo una puerta en el foro, otra lateral izquierda y una ventana con reja en el trasto que figura ser el muro, es decir, en el que divide la escena. El resto de esta, ó sea todo el espacio que queda libre á la derecha, aparecerá decorado de campo, con bastidores y telón de fondo de arboleda. En la caja del segundo término, derecha, trasto de fachada de cuadra, con puerta rústica. Sobre la ventana que existirá en el trasto divisorio, se hallará colocada una parra bastante poblada. Debajo de esta, tres banquillos, de madera, muy toscos. Dentro de la habitación se verán dos baules mundos, y, en primer término, hacia la derecha, una mesa de las llamadas de camilla.

ESCENA PRIMERA

D. SEGUNDO, escribiendo delante de la mesa.

D. SEG. Y sin otro parti.... cular.... digno de men.... ción, se despide de tí, man.... dán.... do.... te un cariñoso tirón de orejas y un be... sito, en la punta de la nariz, tu es... poso que te quiere, Segundo Tostado. (Firmando y dejando la pluma) ¡Uf! Gracias á Dios. Esto se llama justificar el apellido. He escrito más que el Tostado.

Ahora leamos la carta, para hacer las oportunas correcciones. (Lee) «Queridísima Torcuata: nos hallamos en el campo, entre muchísimo verde, por mor de un incidente ocurrido entre mi principal, ó sea D. Genaro, que es un buen punto y un caballereito de Taracina, que es otro punto.» Dos puntos. (Poniéndolos)

«Una noche se cantaba *La Hebrea*, en cuya ópera recordarás que D. Genaro sale vestido de cardenal, con un traje que parece un pimiento morrón.»

«Después del primer acto se presentó, entre bastidores, el marido de cierta espectadora, á la cual venía haciendo el amor mi principal, con el mayor descaro, y se armó la de San Quintín. Se dieron de cachetes y á mí, por mediar, me hicieron un cardenal en el pecho. Para librarnos del furor del marido, que resultó con un ojo de color de semana santa, salimos de Taracina á media noche y aquí estamos de ocultis, pues el ofendido es primo del cacique. Y sin otro particular, etc. etc.» La carta será latosa, pero es explícita. Ahora el sobre. (Escribiendo).

GENARO.

(Dentro.) Signor Secondo!

D.SEG.

«Señora Doña Torcuata Besuguín de Tostado. Hortaleza, cuarenta y seis, cuarto. Madrid» ¡Ajajá!

ESCENA II.

D. SEGUNDO y GENARO, por la puerta de la izquierda.

GENARO. (Muy fuerte) Ma signor Secondo!

D.SEG. (Guardando la carta). Estoy á la suya disposicioni

GENARO. Non avete ascoltato la mia voce?

- D. SEG. Non capisco.
- GENARO. (Burlándose) Non capisco... non capisco...! In cinque mesi, solamente avete imparato á dire, «non capisco» ¡Maledizione!
- D. SEG. (Está dado al diávolo)
- GENARO. Andiamo al boschetto, sordo dell' inferno.
- D. SEG. (Me piropea) ¿No nos llevaremi, una sombrilliti para il soli?
- GENARO. La vegetazione fará l' ufficio di parasole.
- D. SEG. ¿Eh?
- GENARO. (Fuerte) Che que la vegetazione fará d' umbrella.
- D. SEG. ¡Ah, de umbrella! (Si digo que non capisco, me dará para il peli)
- GENARO. Andiamo.
- D. SEG. ¡Pícaro cardenal, cómo me molesta! (Tocándose al pecho)
- GENARO. (Cantando lo siguiente, de la ópera FAUSTO y yéndose por el foro con D. SEGUNDO, que recogerá su sombrero de encima de la mesa)

Tu che fai l' addormentata
perché chiudi il cor
Catherina idolatrata...

ESCENA III.

MARGARITA, por primer término derecha, con un canasto pequeño. ROQUE, por el mismo, detrás de ella, llevando un borrico del ronzal.

- MARG. (Riendo estrepitosamente) ¡Ja! ¡ja!
- ROQUE. Siempre tás de reir.
- MARG. Pero, hombre de Dios, ¿quieres que llore por eso?
- GENARO. (Pasando por el fondo, seguido de D. Segundo)
Bon giorno, bella bambina.
- D. SEG. (Deje usted á la bambalina, que su novio es muy bruti) (Desaparecen ambos por la derecha)

- MARG. Vayan ustedes con Dios. Y supongo que no me habrá usted dicho ninguna picardia.
- ROQUE. ¿Una picardia á tí? (En actitud agresiva)
- MARG. ¡Quieto, animal!
- ROQUE. ¿Cómo animal, si no se ha movio? (Refiriéndose al burro)
- MARG. No; si es á tí.
- ROQUE. ¡Eh!
- MARG. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
- ROQUE. Tú sabes más que yo y abusias de mí por que estoy enruchao contigo.
- MARG. Tú mismo te pones de rucho.
- ROQUE. Si, yo mesmo.
- MARG. Bueno, pues anda pa la cuadra.
- ROQUE. ¿Qué?
- MARG. Que dejes el rocin allí, tonto de Coria.
- ROQUE. No, de Coria, no; soy de Encina la Verde, á mucha honra.
- MARG. Bueno, pues arre. (Roque vase con el burro por la cuadra) ¡Uf! Qué novio más tonto me ha dao Dios! Qué sabroso debe ser casarse con un señor de campanillas. Pero... ¡ca! Hay que cargar con este simplote. Y gracias áque podré manejarle como quiera, que si no... (Siéntase en un banquillo.)

ESCENA IV.

DICHA y el tío CORCHO, por detrás de la casa. Luego ROQUE y Don ANATOLIO por primer término derecha.

- CORCHO. Margarita. ¿Qué haces ahí?
- MARG. Descansando, padre. Esta mañana he desgranao muchas habas.
- CORCHO. Bueno.
- MARG. ¿Pero qué indica ese cuchillo?

- CORCHO. Que he hecho una muerte.
- MARG. ¡Ay!
- CORCHO. No te asustes; acabo de matar la pava pequeña pa que se la almuercen los güespedes misteriosos. (Guarda el cuchillo)
- MARG. Ya; pero, padre: ¿quienes son esos güespedes?
- CORCHO. Vé á saberlo.
- MARG. ¿Dónde?
- CORCHO. Digo, que cualquiá lo averigua.
- MARG. Ya.
- CORCHO. Estoy deseando ver al señor cura, pa contarle lo ocurrio.
- MARG. ¿El señor cura? ¿Pues no es aquel? (Mirando hácia la derecha primer término, colocandose la mano sobre los ojos, para resguardarse de los reflejos del sol)
- CORCHO. El mesmo. Tos los jueves, ya se sabe, su paseito al lagar de la Marquesa y, despues de decir allí su misa, á hacernos la visita de ordenanza, y á leer el periódico al fresco.
- MARG. Y vaya un señor cura joven y bien portao que tenemos.
- CORCHO. ¡Digo! Con esos fagines de flecos que se pone en estas epocas.
- MARG. Y con sus gafas d' oro.
- CORCHO. Y sus hebillas de prata, más brillantes que la luna.
- MARG. Mucho que me alegra la venía del señor párroco.
- CORCHO. ¡Claro! Las muchachas casaeras, en cuanto veis al cura, paece que veis al matrimonio. Y mia que el casamiento que tú vas á hacer con ese pampli de Roque. ¿Qué vas tú á comer con él, vamos á ver?
- ROQUE. (Desde la puerta) Paja y cebá.
- CORCHO. }
MARG. } ¿Qué?

- ROQUE. Que hace falta cebá y paja, porque hay muy poca.
- D. ANAT. (Entrando por la primera derecha) ¡Ave Maria!
- MARG. (Con alegría) ¡Ya está aquí Don Anatolio!
- D. ANAT. Santos y buenos dias nos dé Dios. (Cerrando la sombrilla que traerá).
- MARG. (Besándole la mano) Señor cura.
- ROQUE. Donde ella bese, yo tambien beso. (Besando.)
- CORCHO. Pica el sol ¿eh?
- D. ANAT. Asi, asi. Pero qué buen color tienes, chiquilla! ¿Con qué te das en la cara? ¡Qué mejillas más frescas!
- MARG. Me doy con agua del rio.
- ROQUE. Y por eso está tan fresca.
- D. ANAT. Tú sí que estás fresco.
- CORCHO. Margarita, veste con permiso del señor cura y despluma la pava que he sacrificao.
- MARG. ¿Yo sola?
- ROQUE. Con este cura.
- D. ANAT. ¿Cómo?
- ROQUE. ¡Ay! Usted perdone. He querido decir, conmigo.
- CORCHO. Bueno, andad. Y dile á tu madre, que está aquí Don Anatolio.
- MARG. Si, si, vamos á eso.
- ROQUE. Y á pelar la pava. (Vánse por detrás de la casa, riendo y llevándose los dos el canasto.)

ESCENA V.

Don ANATOLIO y TIO CORCHO; ambos sentados en los banquillos.

- D. ANAT. ¡Qué retrechera es la Margarita!
- CORCHO No siento más, sino que se la lleve ese animal de bellotas, porque eso vá á ser arrojar margaritas á puercos.

- D. ANAT. Sin embargo; si el muchacho es honrado...
- CORCHO. Como honrao, sí que lo es.
- D. ANAT. Entonces.... (Saca un periódico)
- CORCHO. Ya está ahí el diario; vamos á ver si trae una filípica buena pa los liberales, como el del jueves pasao.
- D. ANAT. ¡Ah! *La Unión Católica*. ¡Cómo pone á esos mandrines de liberales...!
- CORCHO. Pos miosté, padre; antiayer leyeron aqui otro papel que se llama *La Luz del progreso* y ¡cómo ponía á los neos!
- D. ANAT. Bueno, bueno ¿Y qué novedades ocurren por aquí desde el jueves anterior?
- CORCHO. Ha venio usted á dar, como quien dice, con el hocico en la artesa.
- D. ANAT. ¡Tio Corcho!
- CORCHO. Salvo lo del hocico. Hace tres dias llegó aqui, á la carrera, un coche con dos señoritos que venian de Taracina; me pidieron que los hospedara aquí, por lo que fuera; traían muchos baules y parecian personas principales.
- D. ANAT. ¡Hola!
- CORCHO. Por lo visto, son un caballero y su secretario. Al caballero principá, no se le entiende ni jota, porque es... es... de un pueblo extranjero, donde se comen muchos macarrones.
- D. ANAT. De Italia.
- CORCHO. Justo.
- D. ANAT. Puede ser algún personaje que viaje de incógnito. En fin, sea enhorabuena; eso le dejará á usted los cuartos.
- CORCHO. ¡Digo! Lo que es gente de guita, sí que debe serlo.
- D. ANAT. Si yo fuera usted, enseguidita se me escapaba á mí quienes eran esos señores.

- CORCHO. Pues yo no doy con la matraca.
D. ANAT. Con cualquier detalle, hay suficiente para adquirir una sospecha; y, cogido ya el hilo, se tira... se tira...
- CORCHO. Y se deshace tóo.
D. ANAT. No hombre; se encuentra el ovillo.
CORCHO. Yo sí que estoy hecho un ovillo. Y, misté, el hilo no es el que yo quiero cojer; lo que yo deseo pillar es la guita, que deben tener bastante.
- D. ANAT. Me alegro.
CORCHO. ¡Ah! (Asaltado por una idea) ¡Si usted oyera la voz de uno de ellos!... Anoche estaba cantando, ahí, en ese cuarto, una canción muy triste y con un eco como de sorchantre.
- D. ANAT. ¿Sí? ¿Y qué cantaba?
CORCHO. A mí se me figuró cosa de iglesia. Pero.... me parece que oigo algo. ¿Irá á cantar?... Atención. (Ambos se ponen á escuchar y, al cabo de un momento, se oye rebuznar desaforadamente al burro, dentro de la cuadra.
- D. ANAT. Nos hemos chasqueado.
CORCHO. ¡Já! já! já! No importa, él cantará; lo hace á ca rato.
- D. ANAT. Bueno; vamos á ver qué dice *La Unión Católica*.
CORCHO. Yo, mientras, liaré un cigarro. (Lo hace y enciende luego el pitillo, echando yesca).

ESCENA VI.

Dichos y PASCUALA, por detrás de la casa. PASCUALA es excesivamente gruesa.

- PASCUALA. En paz y en gracia é Dios venga su mercé.
(Comiendo bellotas).

D. ANAT. Hola, Pascuala. Usted como siempre; comiendo y engordando.

PASCUALA. ¡Je, je! Unas belloticas.

CORCHO. Se está cebando ahora.

PASCUALA. Calla, gandul. Yo me como lo que tú no comes.

D. ANAT. ¡Qué célebre es esta buena Pascuala.

PASCUALA. Vamos, señor cura; sigasté leyendo su papel, que yo escucho.

D. ANAT. Siéntese ustedé. (Pascuala se sienta, quedando en medio D. Anatolio).

CORCHO. Adios, banquillo.

D. ANAT. Vamos á ver. (D. Anatolio lee para sí. Momento de pausa. Tío Corcho, pide por señas una bellota á Pascuala y esta se la arroja, dando en la cabeza al cura).

PASCUALA. ¡Uy! Perdone su mercé, que ha sido un acaso.

D. ANAT. Bueno; pues, por si acaso, no como usted más bellotas. (Otro momento de pausa. D. Anatolio lee). Hola! Hola!

PASCUALA. }
CORCHO. } ¿Qué?

D. ANAT. Oigan ustedes. (Leyendo). «Príncipe de la Iglesia. El Cardenal monseñor Cellini, que, como saben nuestros lectores, se encuentra en España, visitando sus monumentos y estudiando sus costumbres, viaja actualmente, de incógnito, por la región andaluza, acompañado por uno de sus familiares. Hace algunos días se presentó el ilustre purpurado en la iglesia de Navalcuerno, rogando al párroco que le mostrase el precioso templo de aquella villa, pero sin darse á conocer al digno y virtuoso capellán, quien, sabiendo después que se las había, de manos á boca, con un miembro del Sacro Colegio, sufrió un ligero vahido. Monseñor Cellini, continuó después

su artística peregrinación, sin que sepamos el punto al cual se dirigiera (Levantándose) ¡Ay, Dios mío!

- CORCHO. ¿Qué le dá á su mercé? (Levantándose)
PASCUALA. ¿Traigo agua? (Levantándose)
D. ANAT. Una sospécha.
PASCUALA. ¿Cómo? (Dirigiéndose á Corcho).
CORCHO. No, mujer, no comas más.
D. ANAT. (Esos viajeros....)
PASCUALA. (Qué tendrá?) (ap. á Corcho).
CORCHO. (El hilo.)
PASCUALA. (¿Qué?)
CORCHO. (Y como este coja el hilo...)
D. ANAT. Tio Corcho, dígame usté: ¿esos huéspedes son seglares?
CORCHO. ¿Qué es eso?...
D. ANAT. (No importa; si viajan de incógnito...) ¿Tienen barba?
PASCUALA. Una cá uno.
CORCHO. No, mujer; el señor pregunta si tienen pelo.
PASCUALA. ¿Aonde?
CORCHO. Pues en la cara.
PASCUALA. ¡Cál Como esto. (Mostrando la palma de la mano).
D. ANAT. ¿Ellos no han dicho quienes son?
CORCHO. Ni miaja.
D. ANAT. ¿Están ahí?
PASCUALA. No señor, que han salío de paseo.
D. ANAT. ¡Oh, qué idea; un simple reconocimiento en las habitaciones, quizás pudiera darnos mucha luz!
PASCUALA. ¿Y si vuelven?
CORCHO. Pondremos guardia. (Llama) ¡Roque!
PASCUALA. Pero si yo estoy en ayunas todavía.
CORCHO. Siempre hablando de comer.
PASCUALA. No, hombre, no; digo que estoy inorante de lo que pasa.

- CORCHO. Toma, yo tambien.
D. ANAT. ¡Ah! ¿No han caido ustedes?
LOS DOS No señor.
D. ANAT. Entonces debo estar equivocado.
CORCHO. ¿Pero qué es ello?
D. ANAT. Pues sospecho, que uno de esos huéspedes puede ser el Cardenal á que se refiere el periódico.
PASCUAL. ¡Uy!
CORCHO. ¡Zambomba!
D. ANAT. Y el otro, tal vez su familiar.
CORCHO. Caramba, señor cura, pué ser; porque el secretario es muy familiar.

ESCENA VII.

DICHOS y ROQUE.

- ROQUE. Aquí estoy yo.
CORCHO. ¿Y Margarita?
ROQUE. Al río, á lavar la pava.
PASCUALA. ¿La habeis pelao ya?
ROQUE. ¡Y bien que la hemos pelao!
D. ANAT. (Con resolucion) Dejaos de pavas ahora; vamos al cuarto.
CORCHO. Tú te quedas aquí, de centinela, y cuando veas venir á los forasteros, ladras fuerte para avisarnos.
D. ANAT. ¿Ladrar?
CORCHO. Este animal, los imita á toos perfetamente.
D. ANAT. Vamos pues.
PASCUALA. ¡Un cardenal!
CORCHO. Tendría gracia. (Desaparecen por detrás de la casa y, á poco, entran por la puerta del foro, en la habitación.)
ROQUE. Conque yo de perro. ¿Y pa qué será? ¡Hum!... Y Margarita en el río. ¡Hum!... (Se sienta en un

banquillo, apoya la espalda y la cabeza en la pared y, después de varios bostezos y cabezadas, se queda dormido).

- D. ANAT. (Entrando por el foro) Entremos con decisión.
CORCHO. Aquí no hay más que bauls.
PASCUALA. ¿A ver? (Abriendo un baul) En este mundo no se vé más que ropa blanca.
CORCHO. Pero eso de abrir los cofres....
D. ANAT. No importa; nuestra intención es buena. Hagámoslo todo, *ad majorem Dei gloria*, y obtendremos la recompensa en el otro mundo.
PASCUALA. (Abriendo otro baul) ¿En el otro mundo dice usted?
D. ANAT. Precisamente.
PASCUALA. Pues sí, que hay cosas en el otro mundo. (Saca un sombrero chambergo con pluma).
D. ANAT. {
CORCHO. { ¿Qué?
PASCUALA. ¡Un sombrero con plumas!
CORCHO. ¿Qué tal estoy? (Poniéndoselo).
D. ANAT. (Quitándoselo y colocándolo sobre la mesa). Deje usted eso.
PASCUALA. ¡Un bastón! (Sacándolo).
D. ANAT. De carey.
CORCHO. ¡Caray! (Viéndolo).
D. ANAT. No; carey. (Poniéndolo sobre la mesa).
PASCUALA. ¡Una espá! (Sacando una de taza y colocándola sobre la mesa).
CORCHO. ¡Son militares!
D. ANAT. ¡Qué sabe usted, infeliz!
CORCHO. Pues, hombre; yo creo que un cardená, no gastará sable.
D. ANAT. Sin duda, el acompañante es guardia noble del Vaticano.
PASCUALA. Una caja. (Extrayéndola).
D. ANAT. Venga. (Abriéndola). ¡Oh!
CORCHO. ¿Qué?

- PASCUALA. ¡Uf! (Viendo lo que contiene).
- CORCHO. ¡Ah! (idem).
- D. ANAT. Ya está aquí la confirmación.
- PASCUALA. ¿Quiés no achuchar?
- CORCHO. Quitate. (Empujando á Pascuala para ver mejor).
- PASCUALA. ¡Toma! (Dando un bofetón á Corcho).
- D. ANAT. La confirmación. (Abstraído).
- CORCHO. Verdá, que me ha confirmao.
- PASCUALA. Pero qué cruz más rebonita.
- CORCHO. ¡Qué cruz!...
- D. ANAT. Le gusta á usted, tío Corcho?
- CORCHO. Digo que ¡qué cruz tengo con esta!
- PASCUALA. Calla, animalote.
- D. ANAT. Esto se llama un pectoral.
- PASCUALA. ¿Pectorá? Eso lo he oido yo antes.
- CORCHO. Sí, mujer; el jarabe que te recetó Don Nico-medes.
- D. ANAT. Sigamos investigándo. (Se acerca al baul y saca una capa roja de seda). ¡Esto sí; esto sí que confirma mis sospechas. No hay duda, es monseñor, monseñor. Acierten ustedes lo que es esto.
- PASCUALA. Qué se yo.
- CORCHO. Ni yo.
- D. ANAT. Pues esto es... la púrpura cardenalicia.
- PASCUALA. Chavó, qué nombres.
- CORCHO. Pero....
- D. ANAT. Gratias agamus, Domino Deo nostro.
- PASCUALA. ¿Qué?
- D. ANAT. Tienen ustedes la dicha, la honra de hospedar en su casa, al Cardenal Cellini.
- CORCHO. ¡Caracoles!
- PASCUALA. Un sombrero encarnaó y con borlas. (Sacándolo del baul. Es un sombrero rojo, con borlas que caen por detrás).
- D. ANAT. Ahora sí que no cabe dudar ni un momento.
- CORCHO. ¡Y qué pelúo es el sombrerito!

- PASCUALA. Es verdad; ¡tiene ca pelo!
- D. ANAT. Así se llama.
- CORCHO. ¿Cómo?
- D. ANAT. Capelo.
- PASCUALA. ¡Sopla! (Dirigiéndose á Corcho).
- CORCHO. ¿Pa qué?
- PASCUALA. Que te calles.
- D. ANAT. (Con entusiasmo). Nada; aquí no le ha valido el incógnito á su Eminencia. ¿No le dije á usted que como yo cojiera el hilo?... En fin; corro á Venta-Honda, á avisar al Alcalde, al Juez Municipal, á todo el mundo.
- PASCUALA. Pero...
- D. ANAT. Vosotros también debéis hacer cuanto esté á vuestro alcance, para honrar al Señor Cardenal. (Solemnemente). Y si alguien os pregunta porqué lleváis á cabo tales extremos, respondedle con altivez: «lo hacemos, *ad majorem Dei gloria*». (Vase por el foro).
- PASCUALA. Si; al instante digo yo ese trabalenguas.
- CORCHO. Pos no, que yo.
- PASCUALA. ¡Ay, Corcho! Se me figura que la fortuna se nos ha colao de golpe.
- CORCHO. ¿Qué hacemos?...
- PASCUALA. Mira, yo voy á tomar un tente en pié, por lo pronto, y luego, Dios dirá. (Vase foro)
- CORCHO. ¡Habrás tragaldabas!... ¡Pero... un cardenál! Esto parece un sueño. (Coje la cruz y la mira) ¡Qué alhajita!... (Quédase examinando los demás objetos)

ESCENA VIII

CORCHO en la habitacion. D. SEGUNDO, por segunda derecha y ROQUE durmiendo.

- D. SEG. Este hombre es incorregible: en cuanto vió á Margarita, que llevaba la pava así, como

enseñándola para abrirle á uno el apetito, se acercó á la chica y empezó á ponerle los ojos bizcos; es decir, á mirarla tiernamente y á decirle *¡per Dio!* En esto divisé á unos guardias civiles por la carretera y le dije á D. Genaro: ahora sí que estamos perdidos. ¡Ah! (Viendo á Roque) El marmolillo del novio. Duerme como un gusano de seda. Muchacho. (Moviendo á Roque) Ni el despertar de la aurora, tiene que hacer con el de este zoque! (Roque despierta y en cuanto ve á D. Segundo empieza á ladrar desafortadamente y vase por detrás de la casa. D. Segundo apártase lleno de susto. El tío Corcho, al oír el ladrido, suelta los objetos y váse precipitadamente por el foro, apareciendo enseguida en la parte derecha del escenario) ¡Ay! Socorro!... Si estará hidrófobo ese animal.

CORCHO.

¡El secretario!

D. SEG.

Tío Corcho; haga usted el favor de darle algo á Roque.

CORCHO.

¿El qué?

D. SEG.

La morcilla, por ejemplo..

CORCHO.

No tema usted

D. SEG.

¿Qué?

CORCHO.

Que ese perro ladra pero no muerde. (Alto)

D. SEG.

Bueno, por si acaso. ¿Y porqué rabiaba?

CORCHO.

Por casarse con mi hija. (Muy alto)

D. SEG.

Después del casamiento, comprendería la rabia; pero ahora...

CORCHO.

Sientese usted aquí.

D. SEG.

Es usted muy amáble. (Ya voy aprendiendo)

CORCHO

Y usted muy simpático y muy democrata.

D. SEG.

Siempre he sido familiar.

CORCHO.

Familiar ¿eh? (Después de una pausa). Lo sabemos toito.

D. SEG.

¿Y qué es toito?

CORCHO.

Lo del cardená.

- D. SEG. ¿Cómo?
CORCHO. ¡Lo del cardenaaa. (Gritando).
D. SEG. ¡Ah! (Imitando la entonación de Corcho). ¿Y por dónde?
CORCHO. No se nos escapó.
D. SEG. (Se han enterado de mi cardenal) Pues, mire usted, ya que lo saben, se lo diré; este es un señor Cardenal. (Tocándose al sitio del cardenal)
CORCHO. ¡Caray! Usted dispense que antes no le haiga dao tratamiento.
D. SEG. (Será bromista).
CORCHO. Conque ya saben que estoy enterao de quienes son ustedes.
D. SEG. Yo no había manifestado nada, porque á nadie le importan las cosas ajenas.
CORCHO. Pues heimos tenío un gusto mu grande, al enterarnos de lo del cardená.
D. SEG. ¿De lo de mi cardenal?
CORCHO. Sí señor.
D. SEG. (¡Habrá animales!) Pues, hombre, la cosa no es para tener tanto gusto.
CORCHO. Es que nosotros semos muy cristianos.
D. SEG. ¿Cristianos ha dicho usted?
CORCHO. Sí señor.
D. SEG. (Se conoce; por los buenos sentimientos.)
CORCHO. No les perdono á ustedes que haigan callao su representación.
D. SEG. Hombre, queríamos guardar el incógnito.
CORCHO. Ya lo sabemos; pero aquí no nos chupamos el deo. ¿A que no sabe su mercé quién lo ha descubierto?
D. SEG. ¿Quién?
CORCHO. El cura del pueblo, que aunque es un curita nuevo, sabe de lo lindo.
D. SEG. ¡Hombre, hombre!

- CORCHO. El Señor Cura, está arrancao.
- D. SEG. Pero, hombre ¿por qué?
- CORCHO. Porque dice, con mucha gracia, que á él, no se le escapan ustedes.
- D. SEG. ¡Hombre, qué gracia!
- CORCHO. Está sembrao.
- D. SEG. En qué quedamos ¿está sembrao ó arrancao?
- CORCHO. Con perdón de ustedes, hemos desaminao los baules.
- D. SEG. ¿Nuestros baules?
- CORCHO. Y en cuanto hemos visto los trajes, nos hemos convencío.
- D. SEG. ¡Claro! Pero esto es un abuso.
- CORCHO. No señor. Esto es una alegría mu grande. Hemos visto el traje de Cardená.
- D. SEG. (El que saca en «La Hebrea»).
- CORCHO. Y una espá de este tamaño. ¿Pa qué es la espá?
- D. SEG. Hombre, para el Fausto.
- CORCHO. ¡Ya! (¡Qué será eso!)
- D. SEG. (Nos han cogido los dedos contra la puerta).
¿Pero á ustedes quién les ha mandado...?
- CORCHO. El Señor Cura.
- D. SEG. Pues vaya un cura, entrometido, hombre!
- CORCHO. Es un santo varón.
- D. SEG. ¿Qué?
- CORCHO. ¡Varón!(Muy cerca del oido de D. Segundo)
- D. SEG. Sí, ya me lo figuro. Pero esto es un escándalo; yo no puedo permitirlo. ¡Recorcho!
- CORCHO. No señor. Corcho nada más.
- D. SEG. Pues hombre....
- CORCHO. No creí que lo tomarían ustedes tan á pechos. Lo que deseo es que no se irrite el Cardená.
- D. SEG. ¡Cá! Si el cardenal está ya negro.

- CORCHO. ¡Uy! Dios mio!
D. SEG. Y yo, más negro todavía.
CORCHO. Pues este es menos familiar de lo que parecía.
D. SEG. ¡Cuerno!
CORCHO. Señorito, yo...
D. SEG. Déjeme usted en paz.
CORCHO. (Qué humos tiene la gente gorda. En fin...) Hasta luego.
D. SEG. Vaya usted con Dios. (Enojado).
CORCHO. Cuando yo decía que no debíamos tocar al equipaje. (Vase por detrás de la casa).
D. SEG. Nos hemos lucido. Se han enterado de quienes somos, de que me han hecho un cardenal; quizás sabrán algo de lo ocurrido en Taracina. Pero nada de eso me ha mortificado tanto como que hayan registrado los baules. ¿Qué hacer? Discurramos! (Queda pensativo).

ESCENA IX.

Dicho y D. ANATOLIO

- D. ANAT. (Desde el foro). No ha sido poca fortuna, topar al alguacil en el camino; á escape vá al pueblo, con un recado mío para el Alcalde, para el boticario, para el juez municipal y para el fiel de fechos. (Acercándose algo al proscenio) Yo no debo abandonar estos sitios. Si habrá vuelto ya su eminencia! Lo que es aquí no le ha valido el incógnito. ¡Inspiración divina! *Lumen de caeli*. (Viendo á D. Segundo). ¡Oh! Él debe ser. Justo. Su aspecto venerable.... Acerquémonos disimuladamente para sacarle de su abstracción. Reza indudablemente.
D. SEG. En cuanto se entere D. Genaro, Jesús, Maria y José. (Santiguándose).

- D. ANAT. ¿No lo dije? Algún ejercicio piadoso.
- D. SEG. (Viendo á D. Anatolio). ¿Eh?
- D. ANAT. ¡Señor! (Descubriéndose é inclinándose, D. Segundo imita cómicamente el saludo). Presa mi alma de las emociones más gratas, me ofrezco humildemente como siervo de vuestra eminencia.
- D. SEG. (Creo que está hablando.)
- D. ANAT. (No contesta.)
- D. SEG. (Este debe ser el curita que nos ha pescado.)
- D. ANAT. ¡Bah! No me entiende. Ahora recuerdo, que no habla más que italiano.)
- D. SEG. (Este quiere algo.)
- D. ANAT. (El caso es que yo no sé italiano. ¡Ah! En latín. Así verá que soy un sacerdote de carrera.) (Con formas de orador sagrado). Eminentiſſime Eceleciæ Romanæ Cardinalis.
- D. SEG. ¿Eh? (Aplicando el oído).
- D. ANAT. (¡Ah! Es algo teniente.) (Esforzando la voz). Maxima atque profundissima emotione, mirum in modum affectus, vestram Eminencia n saluto. (Me ha salido el período bastante redondito.)
- D. SEG. (Esto parece latín. ¿Qué le responderé?) Bueno, pues... ora pro nobis.
- D. ANAT. ¿Cómo?
- D. SEG. Yo no sé más latín que ese.
- D. ANAT. (¡Ah! Entonces no es él.) ¿Usted será el secretario?
- D. SEG. Servidor.
- D. ANAT. ¿Y el cardenal?
- D. SEG. Aquí. (Señalándose al pecho).
- D. ANAT. Pero ¿es usted, digo, es vucencia...?
- D. SEG. ¡Ay, qué mareo!
- D. ANAT. Si trata de desorientarme, queriendo guardar el más riguroso incógnito, yo acataré reverente el mandato.

- D. SEG. Aquí debe pasar algo gordo. Hágame usted el favor. (Cogiéndole de una mano y llevándole á la derecha.) ¿Por quién me han tomado ustedes? vamos á ver.
- D. ANAT. Por el señor cardenal Cellini.
- D. SEG. ¿Yo? ¡Cá, hombre!
- D. ANAT. Creí...
- D. SEG. Yo no soy ese señor, créalo usted.
- D. ANAT. Como me dijo usted: el cardenal está aquí, y se señaló., yo creí ipso facto...
- D. SEG. Y no lo niego. El cardenal existe.
- D. ANAT. (¡Ah! Ahora comprendo. El cardenal está aquí, pero no es él.) Usted, entonces, será el secretario.
- D. SEG. ¿Otra vez?... Secretario, mayordomo y todo lo que se ocurre.
- D. ANAT. ¡Ya!

ESCENA X.

Dichos y PASCUALA

- PASCUALA. ¡Don Segundo! ¡Don Segundo!
- D. SEG. ¿Qué pasa?
- PASCUALA. Con permiso del señor cura. (Cogiéndole de una mano y llevándole á otro extremo).
- D. ANAT. No, yo me retiro.
- D. SEG. ¿Otro lío?
- D. ANAT. Voy á ver si diviso la comisión del pueblo. (Vase foro derecha).
- PASCUALA. Han llegao dos guardias ceviles.
- D. SEG. (¡Ay!)
- PASCUALA. Preguntando por dos viajeros, con los pelos y señales de ustedes.
- D. SEG. ¿También con los pelos?

- PASCUALA. Y nosotros les hemos dicho que aquí hay dos.
- D. SEG. ¿Dos pelos?
- PASCUALA. Dos caballeros; pero que uno es el señor cardenal y el otro usted, ó sea, su secretario.
- D. SEG. (¡Caracoles! Ahora comprendo. Toman á don Genaro, por un cardenal nada menos.)
- PASCUALA. Y han dicho, que tratándose de personas tan principales, se marchan por donde han venido, pero que si no fueran ustedes lo que son, los ataban y los llevaban á Taracina.
- D. SEG. (¡Zambomba!)
- PASCUALA. Yo siento haber tenido que descubrir el incónito del señor cardenal, pero si no lo hago....
- D. SEG. Muy bien hecho. (Cualquiera sigue con el incónito, como dice esta.)
- PASCUALA. ¿De modo que qué les digo?
- D. SEG. ¿A los civiles?... Pues, hombre, ¿qué van ustedes á decirle? Ya que lo han descubierto siga el lío, digo, siga usted diciendo lo mismo. Que lo sepan, sí señor, conmigo viene un cardenal (Y no miento). De modo que la pareja, puede marcharse (Que es lo que yo deseo).
- PASCUALA. Así mismo se lo diré yo.
- D. SEG. Sí, sí, que se vayan. (Este es un conflicto que ni el de las Carolinas).
- PASCUALA. ¡Ay! Qué ganas tengo de ver al Señor Cardená.
- D. SEG. ¿Y su marido de usted?
- PASCUALA. También tiene muchas ganas de verlo.
- D. SEG. Digo, que donde está su esposo.
- PASCUALA. De cacería. Pero en cuanto venga, se irá con sus granos.
- D. SEG. ¿Qué?

- PASCUALA. Con sus granos. (Gritando)
- D. SEG. ¿Pero tiene granos?
- PASCUALA. Anda; en el granero.
- D. SEG. ¡Ay! Es verdad. Se me vá la cabeza.
- PASCUALA. Eso es debilidad.
- D. SEG. Puede, puede.
- PASCUALA. Venga usted y tomará una poquita de leche; yo me meteré un jarro entre pecho y espalda.
- D. SEG. ¡Hola! Ni el hombre que se tragaba las bolas de billar.
- PASCUALA. Andosté.
- D. SEG. Vamos.
- PASCUALA. Allí hablará osté con los ceviles.
- D. SEG. (¡Uy! Es verdad.) No, no quiero leche.
- PASCUALA. ¿Pero, porqué?
- D. SEG. Porque yo soy muy vergonzoso, y no puedo beber delante de gente; me corto.
- PASCUALA. ¡Bah! ¡Mientras no se corte la leche!
- D. SEG. Es verdad, pero...
- PASCUALA. ¿Se la mando á usted aquí?
- D. SEG. No hay inconveniente.
- PASCUALA. Pues ya verá usted qué mantecosa y qué espesa. (Se vá por detrás de la casa).
- D. SEG. Que venga limpito el jarro ¿eh? (Porque tú me pareces un poquito espesa.)

ESCENA XI.

D. SEGUNDO y luego ROQUE

Creo que he sido prudente. Más vale dejarlos en la creencia de que somos lo que ellos dicen, que descubrir el lío. ¡Este hombre... es-

te hombre! La hinchazón del ojo del caballere-
rete, nos tiene que salir... por un ojo de la ca-
ra. Digo, si nos llevaran ahora codo con codo.
No lo quiero pensar. Nos presentarían al juez
de Taracina, que es un señor muy tieso y se
llama Vaca. ¿Y qué podíamos esperar nos-
otros de Vaca?

- ROQUE. (Acercándose con un jarro lleno de leche). La leche.
D. SEG. ¿Eh? Venga. (Bebiendo).
ROQUE. (Y Margarita sin venir: me tié más escamao.)
D. SEG. Sí; es muy mantecosa.
ROQUE. (Esa no me quiere.)
D. SEG. Oye. ¿Y los guardias civiles?
ROQUE. Allí están, en el cobertizo, bebiéndose una la-
ta de leche cá uno.
D. SEG. ¿Pero aquí se le dá la lata á todo el que lle-
ga?
ROQUE. Sí señor; pero á mí me han dao la lata los
guardias, porque en cuanto los vide, dije: ¿si
vendrán estos por mí?
D. SEG. ¡Hola! ¿Pero tú qué has hecho?
ROQUE. Se lo diré asté en secreto.
D. SEG. ¿En secreto? Será difícil.
ROQUE. (Acercando mucho la boca al oído de D. Segundo y hablando
con el aliento, pero muy fuerte). Que soy préfugo.
D. SEG. ¡Hombre! Que me haces cosquillas.
ROQUE. Pos eso es lo que quién buscarme á mí; las
cosquillas.

ESCENA XII.

Dichos y MARGARITA, con la pava, por primer término derecha

- MARG. (Buen rodeo, corriendo del italiano) ¡Roque!
ROQUE. Ya está aquí esta.
D. SEG. Hola, fanchulina.

- ROQUE. ¿Tú vas á estar tóo el día con la pava?
MARG. ¡Toma! ¿No estás tú á todas horas con un pavo que no se te pué sufrir?
D. SEG. (Pero qué apetitosa es una pava, aunque esté sin guisar.)
ROQUE. Eres más bonita que la luna.
MARG. (Si supiera que el italiano me quiere).
ROQUE. Verás lo que dice D. Segundo. ¿Le gusta as-té?
D. SEG. Eso estaba diciendo: ¡me la comería cruda!
ROQUE. ¿Cómo cruda?
D. SEG. Y frita con tomate, no digo nada.
MARG. ¡Pero hombre! Si se refería á la pava. (Yéndose)
¡Já! já!
ROQUE. ¿Aonde vas?
MARG. A la cocina.
ROQUE. Y yo también.
MARG. (Vase cantando hasta que se pierde la voz.)
A los títeres tocan;
yo te pago la entrá;
si tu madre lo sabe,
¡qué dirá! ¡qué dirá!
D. SEG. Esta muchacha es una cabra loca, pero el novio es una calabaza verde. Vaya una familia. El padre, siempre con sus granos; la niña coqueteando con los urbanos y con los rústicos y la madre llenando el baul á todas horas. ¡Ay! apropósito de baules. Voy á ver qué han hecho estos animales con nuestro equipaje. (Vase y aparece en la habitación).

ESCENA XIII

GENARO, por primer término derecha. D. SEGUNDO en el cuarto. Luego tío CORCHO y PASCUALA, por detrás de la casa.

- GENARO. ¡Oh! come é leggera di gambe questa bella contadina. Dopo d'avere ascoltato le mie parole amorose, se ne andó correndo. E fece bene, perche in altro modo, io non mi sarei contenido. Sonno di lei innamorato, fino alle osa! (Se sienta),
- D. SEG. (En el cuarto) ¡María Santísima! Lo han sacado todo! Hasta el bastón que él se manda en todos sus beneficios con una targeta cualquiera. ¡Y el capelo! Y la espada de Mefistófeles!
- GENARO. Riposíamoci. Oh, che tranquilla é questa campagna!
- (D. Segundo, después de guardar los objetos, váse por la puerta de la izquierda).

ESCENA XIV

GENARO, TIO CORCHO y PASCUALA. Estos por detrás de la casa.

- CORCHO. Toma la escopeta y guárdala. (Dándosela á Pascuala).
- PASCUALA. Venga. ¿Y qué has cazao.
- CORCHO. Na; dos gorriones... se han estao burlando de mí. Yo quería matar una perdiz para el señor cardená.
- GENARO. Oh, buoni amici!
- CORCHO. Señor. (Descubriéndose). (El cardená).
- GENARO. (La donna con uno schioppo!)
- PASCUALA. ¡Señó! (Inclinándose los dos y quedando á cierta distancia).
- GENARO. Buon giorno.
- PASCUALA. (¿Qué?)
- CORCHO. (Dice que buen jorno se ha armao.)
- PASCUALA. (Ya lo creo).
- CORCHO. Lo que deseamos es su bendición.
- GENARO. ¿Eh?

- PASCUALA. (Oye. Era mester, besarle la mano.)
CORCHO. (Eso, cuando esté de hábito.)
GENARO. Ma accomodátevi. (Indicándoles que se sienten.)
PASCUALA. Yo no lo he entendio.)
CORCHO. (Debe ser que te santigües).
PASCUALA. (Y tú.)
CORCHO. (¡Cá! Tú mass santiguao ya.) (Pascuala se santigua ceremoniosamente.)
PASCUALA. Estamos á los piés de usía.
GENARO. ¿Ai miei piedi? (¡Oh, quanto son stúpidi!)

ESCENA XV.

Dichos y ROQUE

- ROQUE. Señá Pascuala; Margarita, que dónde está el clavo.
PASCUALA. ¿Que vá á clavar ahora?
ROQUE. Es la especia, pa mechar la pava.
GENARO. Ah, ¡Margherita!...
CORCHO. Mia qué claro lo ha dicho.
GENARO. Io amo molto la vostra figlia.
PASCUALA. Sí señor. (Hay que llevarle la corriente.)
ROQUE. ¡Que dónde está el clavo!
CORCHO. ¡Dale!
PASCUALA. ¡Animal! Arrodíllate, que este es el señor cardenal.
ROQUE. ¡Zapato!
CORCHO. Saluda, hombre!
PASCUALA. (Empujándolo.) ¡Híncate!
ROQUE. (Arrodillándose.) Ya estoy!
GENARO. (Levantándose.) ¿Ma cosa e questa?
CORCHO. Dile: señó cardená.
ROQUE. ¡Señó cardená!
CORCHO. Deme usté su bendición.

- ROQUE. Su bendición.
- GENARO. Oh, quale imbroglio!
- PASCUALA. Señó cardená. (Rodeándole Pascuala, Roque y Corcho.)
- CORCHO. ¡Señó cardená!
- ROQUE. ¡Señó cardená!
- GENARO. Come cardinale? Questo é un escarni. ¡Io non sono cardinale! (Viendo á Margarita que sale por detrás de la casa). Ah, Margherita! Che succede qui? (Cogiendo á Margarita por las manos y llevándosela aparte.)
- CORCHO. Dice que no es....
- PASCUALA. Que no es...
- MARG. (¡Uy! ¡Roque!)
- ROQUE. (Esto me güele á pegao.)
- CORCHO. (Míalo, míalo, ahora sí que no pæce cardená.) (Aparte á Pascuala y refiriéndose á la actitud amorosa que debe adoptar Genaro con Margarita.)
- PASCUALA. Voy á preguntárselo al secretario. (Váse por detrás de la casa y aparece en la habitación, á tiempo que don Segundo sale por la puerta izquierda.)
- MARG. Hable usté, señorito.
- GENARO. Ascolta.
(Genaro y Margarita á la derecha. Roque y Tio Corcho á la izquierda.)
- ROQUE. (Aparte á Corcho.) O la suelta el cardená, ó le hago yo uno en las espaldas.
- CORCHO. Calla, hombre; allá veremos en lo que paran estas misas.
- ROQUE. Pos si estas son las misas que dice el cardená...

ESCENA XVI

Dichos y D. SEGUNDO que sale por la izquierda.
PASCUALA entrando en el cuarto.

- PASCUALA. ¡Don Segundo! (Fuerte).
- D. SEG. ¡Ay! (Me pareció un sargento de la guardia civil!)
- PASCUALA. Sargasté.
- D. SEG. (Esta me desafia.) ¿Pero á dónde?
- PASCUALA. (Descolgándose la escopeta.) Ahí fuera; pa que me de usté una explicación.
- D. SEG. (¿No lo dije?) ¡Ay! No tire usted.
- PASCUALA. ¿Yo?
- D. SEG. (Lo echaremos á broma). ¿Tiene usted padriños?
- PASCUALA. Ya hace fecha que se murieron dambos.
- ROQUE. (Hablando con Corcho.) Es que yo...
- CORCHO. Que te calles.
- GENARO. (Hablando con Margarita.) ¿Capite?
- MARG. (Buena se va á armar).
- D. SEG. Pero esa escopeta...
- PASCUALA. Es de Corcho.
- D. SEG. Qué ha de ser de corcho; es de acero y de roble.
- PASCUALA. Bueno, andosté.
- D. SEG. Parece usté una frase hecha.
- PASCUALA. ¿Cuala?
- D. SEG. Una frase que dice: «se armó la gorda».
(Vanse foro).
- GENARO. (A Margarita). E in questo instante, vado á dire á il tuo padre, que jo desidero essere tuo sposo.
- MARG. (Pero qué rebien lo entiendo).
- D. SEG. ¿Señores, qué pasa? (Saliendo).

- GENARO. Oh, signor Secondo! Questa gente é impegnata in chiamarme cardinale.
- CORCHO. Dice que no es el señor cardenal. (A D. Segundo).
- D. SEG. (Va á descubrirlo todo y los guardias ahí.) Pero, hombre, no le hagan ustedes caso. Es el cardenal. ¡Vaya! Solo que quiere guardar el incógnito.
- CORCHO. ¡Acabáramos! ¿Lo oyes, Pascuala?... ¿Pero dónde está?
- D. SEG. Ya viene. Fué por un bocado y á desarmarse.
- CORCHO. ¿De modo que es el cardená?
- D. SEG. El mismo, hombre.
- GENARO. Come, come? Io cardinale?
- D. SEG. No lo niegue usted.
- GENARO. Ma signor Secondo. (Furioso).
- MARG. (¡Dios mío!)
- GENARO. Oh, mio Dio! Quale sbaglio!
- D. SEG. (A Corcho.) (¿Están ahí los guardias civiles?)
- CORCHO. Sí señor.
- D. SEG. (Entonces, siga el lío.)
(Margarita pensativa.)
- ROQUE. ¡Margarita!
- MARG. ¡Margarita! (Imitando la voz de Roque.)
- D. SEG. (Aparte á Genaro.) (No sea 'usté tonti.)
- GENARO. Che?
- D. SEG. (Que están acuí dos guardias civilis, según dijo Pascuali.)
- GENARO. Come, come?
- D. SEG. Que si come Pascuala. (A Corcho.)
- CORCHO. Más de lo regular.
- D. SEG. Es preciso.
- GENARO. Giammai. Io non sono cardinale. Sono un basso. ¿Avete capito? Un basso.
- CORCHO. ¿Qué quiere?

- D. SEG. Un vaso. ¿No lo oye usted?
- ROQUE. ¡Margarita!
- MARG. ¿Te quieres ir á paseo?
- GENARO. Voglio dire sempre la veritá. Sono un cantante.
- D. SEG. (La soltó.)
- GENARO. E dessidero... *casarmi* con questa bambina.
- CORCHO. ¿Tú lo has entendío?
- MARG. Lo de casarse lo ha dicho claro.
- ROQUE. ¡Cuerno! (Fuerte).
- D. SEG. Cerca le andas.
- CORCHO. D. Segundo, hable usted, porque á D. Genaro, no lo entiendo yo.
- ROQUE. Pos yo sí: ese caballero quié quitarme la novia y es mester que sepa que tengo malas pulgas. (A D. Segundo.)
- D. SEG. Se le dirá, hombre, se le dirá.
- ROQUE. Porque esa es pa mí.
- D. SEG. Bueno; pues anda y lávate la cara.
- CORCHO. (¡Casarse con mi hija!)
- D. SEG. (A Genaro). Pero que yo me entere...
- GENARO. Signor Secondo; io sono disposto á *casarmi* con questa signorina, se il suo padre acconsente.
- D. SEG. Casarsi é una barbaritáte.
- GENARO. Ma che importa!
- D. SEG. Bueno: pues D. Genaro que, aquí donde ustedes lo ven, es un buen bajo de ópera y dá el fa con la misma tranquilidad conque Pascuala se bebe un cántaro de leche, ó se zambulle una hogaza de pan de ma'z, pide por esposa á la gentil Margarita, si ella y sus padres lo consienten.
- ROQUE. Y si lo consiento yo que soy el que se la merece.

CORCHO. Lo que tú mereces es una enjalma y un bocao.

ESCENA XVII

Dichos y PASCUALA.

Esta escena debe llevarse muy ligada y rápida hasta el final.

PASCUALA. ¿Qué bocao es ese?
CORCHO. Hablándose de bocaos, siempre sale esta.
D. SEG. (Aparte á Pascuala.) (¿Se han ido ya los guardias?)
PASCUALA. (Ahora mesmito.)
D. SEG. (Bailando). ¡Victoria, victoria!
GENARO. Che fai?
D. SEG. Celebrando la boda. (A Margarita). Anda, hija, te lo has ganado.
PASCUALA. ¿Pero esto qué es?
MARG. Que voy á ser esposa del señor.
PASCUALA. ¿Tú monja?
CORCHO. No; si es del señor. (Señalando á Genaro).
ROQUE. Y yo me opongo.
PASCUALA. ¿Pero los cardenales puen casarse?
CORCHO. Si ahora resulta bajo.
PASCUALA. ¿Cómo bajo?
MARG. Cantante de ópera.
CORCHO. Oigasté, pues Margarita, canta también. (A. D. Segundo.)
D. SEG. ¿De bajo?
MARG. No señor; de tiple.
GENARO. Sono alegre di questo.
D. SEG. Es verdad; antes la oí, es decir, le medio oí cantar, una cavaleta que dice. (Cantando).
A los títeres tocan
yo te pago la entrá...
GENARO. Taci, taci, per Dio!
PASCUALA. ¿Conque el señor te quiere?

- MARG. Ya lo creo.
PASCUALA. ¿Y dónde se ha arreglao ese noviajo?
CORCHO. Es verdá. ¿Dónde?
MARG. En el río.
GENARO. Ecco.
CORCHO. ¿Y tú lo armites?
MARG. (Bajando los ojos y con fingido rubor.) Sí señor.
GENARO. ¿Vedi? Mi sembra una Madonna di Raffaello.
D. SEG. Mandona, lo será después.
PASCUALA. Pues consiento.
ROQUE. Pues yo no, ea.
CORCHO. ¿Y tú quién eres?
ROQUE. Un animal.
GENARO. Taci, poverino. Io do veinte é cinque lire á lui.

D. SEG. ¿Cómo á Luís? Se llama Roque.
CORCHO. Este se llamará *andana*... y gracias.
D. SEG. Dice D. Genaro, que te dará, por mi conducto, dos duros. (Y yo me gano tres).
ROQUE. ¿Dos duros? Es poco inero.
D. SEG. ¡Ea! Pues ya me harté yo. Roque, á escardar cebollinos.

ROQUE. Yo...
D. SEG. Y si no, te delato á la guardia civil y... ¡pun! al servicio de cabeza.
ROQUE. Es verdad... (¡Mardita sea!)
PASCUALA. Chúpate esa, majaeró.
ROQUE. Güeno, pero me voy, por lo del servicio. (Vase.)
CORCHO. Pascuala; no quepo en mí de gozo.
PASCUALA. ¡Hombre! Dirás no quepemos.
GENARO. (A Margarita.) (Oh, bellissima ragazza. Tu sarai felice!)

PASCUALA. (A D. Segundo.) ¿Y el señor con qué cuenta?
D. SEG. An la; tiene un tesoro en la garganta.)

PASCUALA. ¿En la garganta? (Vaya un sitio raro de guardar el dinero.)

D. SEG. (Yo dimito. Cualquiera sufré el engorro de dos recién casados; y el en... gorro es seguro.)

ESCENA XVIII.

Dichos y D. ANATOLIO por el foro

D. ANAT. Ya se acerca la comisión.

D. SEG. ¡El curita! ¿Va usted á decirle lo mismo que á mí? (Señalando á Genaro.)

D. ANAT. ¡Claro!

D. SEG. Qué ha de ser claro; si es latín.

D. ANAT. Pero ¿dónde está su Eminencia?

D. SEG. En ninguna parte.

D. ANAT. ¿Cómo?

D. SEG. Es, que han tomado ustedes por Cardenal, á este señor.

D. ANAT. ¡Ah!

GENARO. Tutti sono ingannati; io sono Genaro di Bacherini, basso d'opera, nato á Milano.

D. ANAT. ¡Ah!

D. SEG. ¿Lo ha comprendido usted?

D. ANAT. Ya lo creo; sabiendo latín, se entienden todas las lenguas neo-latinas.

D. SEG. Entonces no hay necesidad de repetir, que mi principal, es bajo.

D. ANAT. Cómo?

D. SEG. Y yo, Segundo.

D. ANAT. Bajo, principal y segundo...

D. SEG. Sí señor; una casa de pisos. Y ya está completa; porque según parece... hay entresuelo. (Señalando á Margarita.)

- MARG. ¡Já! já! já!
- D. ANAT. Me equivoqué; pero la conciencia está tranquila, porque mi intención, que es lo que debe apreciarse en todas las obras humanas, fué la mejor.
- CORCHO. Es claro.
- VOCES. (Dentro.) ¡Viva!
- GENARO. ¿Eh?
- D. ANAT. La comisión del pueblo con la banda de música.
- GENARO. Oh, scándalo!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y la comisión, que se presenta en el foro, compuesta de varios tipos rústicos y algunos murguistas con bombo y platillo. Los músicos tocan fuertemente una galop. Los demás individuos de la comisión, gritan repitiendo ¡VIVAS! Don Segundo rie cómicamente. Los demás personajes, hablando á la vez, dicen el diálogo siguiente, teniendo lugar una escena animadísima y muy corta, que no debe decaer hasta que baje la cortina. El telón debe caer en cuanto comienza la algazara.)

- GENARO. Tacete, demoni, tacete. Non ce qui cardinal e nessuno. Sono un basso d'opera. Tutti sono ingannati.
- PASCUALA. ¡Que toquen, que toquen, dejadlos! A mi me gusta la música una cosa atroz.
- CORCHO. ¡Qué infierno! ¡María Santísima! Esto es un paso de comedia.
- D. ANAT. (En el proscenio á la derecha tapándose los oídos.) ¡Qué mal suena, Dios mío! Esto se llama sufrir el castigo de la propia culpa. ¡Callad! ¡Callad!
- MARG. (Bailando muy alegre.) ¡Viva la alegría! Viva la fiesta! Ya hay marido! Ya hay marido!...

FIN DEL JUGUETE

